11411

UN DIA DE FIESTA

COMEDIA EN UN ACTO,
DE GABRIEL FAURE,
TRADUCIDA DEL
FRANCES PARA LA
COMPAÑIA DRAMA-
TICA ESPAÑOLA

MIGUEL • MUÑOZ

GUATEMALA, 31 DE DICIEMBRE

• 1911 •

A MIGUEL MUÑOZ, GLORIA DE LA ESCENA ESPAÑOLA, QUE TIENE EN ÉL A UNO DE SUS MAS ILUSTRES REPRESENTANTES, DEDICA ESTA OBRITA EL TRADUCTOR - - - - -

Joaquín García Salas

PERSONAJES

MARTA	30	años
LUSIANA	25	"
MARIA	32	"
SUSANITA	6	"
MANUELITA	10	"
MANUEL	32	"

Errata: léase Susanita, en vez de Su-

UN DÍA DE FIESTA

La escena debe representar una gran sala cuyo fondo es una vidriera al través de la cual se distingue un luminoso paisaje de estío. A la derecha, en un lienzo cortado, una puerta da paso á la gradería que desciende al parque. A derecha é izquierda, puertas interiores. La sala está adornada con plantas verdes y guirnaldas. Jarrones con flores. Muebles, *canapés,* butacas, etc. En medio de la sala, una mesa con albums, *bibelots* y fotografías en marcos.

Escena Primera

MARTA, SUZANITA, MARÍA.

Al levantarse el telón, María escoge flores, que pasa, de una en una, á Marta, y ésta las va colocando en los jarrones. Suzanita se entretiene y divierte componiendo un ramillete.

MARTA *(á María.)*—Pásame los tallos más largos.

MARÍA *(buscando y cogiendo las flores.)* —Aquì tiene Ud. los más largos: son de claveles.

MARTA.—¿No tienes iris? En los jarrones grandes producirían muy buen efecto.

MARÍA.—No, señora; no los hay en el jardín. . . . . pero si Ud. gusta voy á buscarlos al estanque: allí florecen algunos todavía.

MARTA.—Bueno: ve al estanque.

MARÌA.—En seguida; dentro de diez minutos estaré de vuelta.

671700

SUZANITA.—Mamá, quiero ir yo también.

MARTA.—No, Suzanita, es muy lejos para tì. . . Quédate conmigo y ayúdame á hacer los ramilletes.

María sale.

SUZANITA *(dejando el ramillete y acercándose á su madre.)*—Dime, mamá, qué es un aniversario?

MARTA *(riendo.)*—¿Que qué es?

SUZANITA.—Sí.

MARTA.—Es muy difìcil explicarlo á una niñita como tú. . . . Vamos ¿cómo te lo diría? Es una fiesta en recuerdo de alguna cosa.

SUZANITA.—¿Qué cosa?

MARTA.—Eso depende. . . . Algunas veces es una cosa triste; otras veces, como hoy, por ejemplo, es una cosa alegre. Todas estas flores que ves son para recordar que hace justamente cinco años conocì á tu padre.

SUZANITA.—¿Y antes no le conocìas?

MARTA *(riendo)*.—Seguramente que no.

SUZANITA.—¿Y qué es lo que hacìa antes papá?

MARTA *(en el mismo tono.)*—¿Qué es lo que hacía? . . . Toma, pregúntaselo tú, allì viene.

Escena Segunda

MARTA, SUZANITA, MANUEL, LUEGO JUAN

Manuel aparece con varios papeles en la mano.

SUZANITA (*corriendo hacia él.*)—Buenos dìas, papá.

MANUEL (*dejando sus papeles en un mueble, coge á Suzanita y la abraza.*)—Buenos días Suzanita mía. . . Oh, qué bien se está aquì.

SUZANITA (*gravemente.*)—Es porque antes no conocías á mamá.

MANUEL. —¿Eh? . . . .

MARTA.— Qué divertida es esta Suzanita. . . Cada vez es más curiosa. Acaba de preguntarme qué es un aniversario y luego lo que tú hacías antes de conocerme.

MANUEL (*riendo.*)—¿Conque lo que yo hacía antes de conocer á tu mamá? Ah, era muy desgraciado, pero después, por el contrario, he sido siempre feliz? ¿Comprendes? . .

SUZANITA (*con aire grave.*)—Sí. (*Luego regresa para seguir ocupándose en su ramillete.*)

MANUEL (*mirando la decoración.*)—Maravilloso. Todas esas guirnaldas producen muy buen efecto. Creo firmemente que la fiesta tendrá un gran éxito . . . ¡Cuántas flores!

MARTA.—Oh, y eso que no está concluido... Ya verás esta tarde. Quiero que nuestros invitados tengan la ilusión de que están en un invernadero, en un verdadero jardín. Es necesario que toda la casa cante nuestra felicidad. . . . . ¿Hay nada más curioso? Ordinariamente me parece que nuestro amor no es, ni con mucho, bastante íntimo; que nuestros goces no son para nosotros solos . . . . yo quisiera que el mundo los ignorase y, sin embargo, ahora siento ansia de mostrarlos á todos y de hacer ante todos alarde de ellos.

MANUEL. —Es, sin duda, por los recuerdos. Cuando se ama, los aniversarios de un casamiento son algo así como el mismo día de bodas, y se experimenta la necesidad de hacer ostentación de la suerte que cupo en el matrimonio. Y nosotros, Teresa, nos amamos tanto como el primer día. . . . . más aún que el primer día. . . .

Manuel la atrae hacia sí.

MARTA (*abandonándose á él.*)—Oh, sí, mucho más que el primer día. . . .

MANUEL.—No puedo creer que hace ya cinco años que nos casamos. Me parece verte todavía, en *la villa* Carlota, entre un grupo de turistas parados frente á un aloe que estaba floreciendo en aquel verano: en la copa del tronco carcomido y polvoso, subiendo por entre las largas y compactas hojas, se abrìa una flor amarilla que estaba marchitándose ya y por cuyos pétalos tristes se escurría gotitas de agua como de una urna de lágrimas. Te acuerdas con qué lenguaje tan expresivo, mitad francés, mitad italiano, el jardinero nos explicaba que los alóes no dan flores sino una vez, en el cuarto año de vida, hasta el cual parecen acumular toda su savia para florecer en un verano más cálido, y que, cuando la flor se marchita, con ella muere también la planta. . . . .

MARTA.—Sí, sí.

MANUEL.—Todavía me figuro oir las palabras, dulces como empapadas en la miel de tus labios al nacer en ellos, que pronunciabas sin advertir que alguien, cerca de tí, con toda la indiscreción de su amor naciente, alargaba la oreja para escuchar. . . . —«Que no tengamos nosotros, decías tú, el mismo destino: no florecer más que una vez en un gran amor y morir del exceso de ese mismo amor!»

MARTA.—Sí, sí, lo recuerdo . . . . Estaba yo trastornada por todo lo que me rodeaba: el aire embalsamado, las flores, el sol..... Mas de pronto, bruscamente, como si hubiera experimentado la sensación física de que alguno me escuchaba, me volvì . . . . . y, por la llama que ardía en tus ojos, comprendí que habías oído . . . . . Entonces mis mejillas se abrasaron y latió tan fuerte mi corazón, que tuve, en ese mismo momento, la certidumbre de que algo desconocido, algo nuevo comenzaba á influir sobre mi vida . . . . . .

MANUEL.—Bello principio de novela .....

MARTA.—Cuánto habrías deseado que no fuese sino una novela .....

MANUEL.—Pícara! Es verdad, al principio yo no había considerado lo que pasó sino como una de las más divinas aventuras; nunca me imaginé que, algunas semanas después, fuéramos el más arreglado y perfecto matrimonio. Qué quieres ..... Siempre había sido yo un poco ligero, todo lo contrario que tú, ser bondadoso á quien han guiado en la vida el deber y la virtud. Pero ¡cuánto he cambiado! Cerca de tí, á tu vera siempre, se ha operado en mí una transformación completa, como que soy otro hombre. Tú, solo tú, me has enseñado la verdadera felicidad.

La atrae á sus brazos.

MARTA.—Sí, amigo mío, somos muy felices, tan felices que no podemos llegar á serlo más.

Se abrazan.

MANUEL (*desprendiéndose y volviendo á tomar los papeles que dejó al entrar.*)—Voy al correo á depositar estas cartas de contestación á las felicitaciones que hemos recibido.

MARTA.—Pasa por el parque para llegar más pronto.

MANUEL.—Tienes razón .... Dentro de un cuarto de hora estaré de vuelta.—Adiós, Suzanita.

SUZANITA.—Adiós, papá. (*Manuel sale por la puerta del parque. Suzanita se aproxima á Marta, que compone sus ramilletes.*) ¿Quieres que te ayude, mamá?

MARTA.—Sí .... Vaya, pásame una rosa ... pero ten cuidado .... no te piques.

SUZANITA.—Está tranquila, mamá ... Ahora soy una señorita.

MARTA.—¿Quién te lo ha dicho?

SUZANITA.—Ninguno . . . . . Es una idea mía.

MARTA.—Eres un confite. (*La abraza.*)

JUAN (*entrando por la puerta interior.*)—¿No está el señor?

MARTA (*volviéndose.*)—No; acaba de salir... Dentro de algunos minutos volverá. ¿Alguno pregunta por él?

JUAN.—Sí, señora . . . . una dama . . . .

MARTA.—¿Su nombre?

JUAN.—No ha querido decirlo, señora. Vino esta mañana, cuando el señor estaba de caza.

MARTA (*después de dudar un instante.*)—Está bien . . . . Que entre; esperará aquì.

Juan sale.

Escena Tercera

MARTA, SUZANITA, LUCIANA, MANUELITA, DESPUÉS MARÍA.

(*Aparece Luciana conduciendo á Manuelita de la mano. Lleva un vestido obscuro muy sencillo. Al ver á Marta, se detiene.*)

MARTA (*yendo hácia Luciana.*) — Sìrvase pasar, señora.

LUCIANA (*embarazada.*)—Pero . . . .

MARTA.—Mi marido no tardará en volver... Si usted no está muy urgida, puede esperarle aquí . . . . . ¿Ya había Ud. venido?

LUCIANA.—Si, señora . . . . .

MARTA.—Mucha pena me causaría obligarla á venir una vez más.

LUCIANA.—Perdone Ud. señora, pero . . . . . .

MARTA (*ofreciéndole una silla.*)—Hágame el favor . . . .

LUCIANA.—Temo ser indiscreta . . . .

MARTA.—De nada, señora.

LUCIANA (*sentándose en el borde de la silla.*) —Gracias . . . . .

(*Luciana no se atreve á mirar á Marta, que se sienta también. Largo silencio.*)

MARTA (*procurando entablar la conversación y señalando á Manuelita.*)—¿Es hijita de Ud., señora?

LUCIANA.—Sí, señora.....

MARTA.—Qué encantadora. (*A Suzanita, que se ha aproximado y mira*) Vamos, Suzanita, da los buenos días á la niña. (*Maquinalmente las dos niñas se acercan las mejillas y se abrazan. Nuevo silencio*) ¿Ud. vive en Tours?

LUCIANA.—No señora . . . Ayer dejé á París . . Esta mañana vine pero no tuve la suerte de encontrar al señor Verneuil.

MARTA.—En efecto, estaba de caza. (*Otro silencio.*) ¿Ud. hizo el viaje para ver á mi marido?

LUCIANA (*cada vez más turbada.*)—Sí, señora.

MARTA.—¿Entonces debe de ser grave lo que tiene Ud. que decirle?

LUCIANA (*balbuciente*).—Sí, señora.... Quisiera hablarle de viejos asuntos .....

MARTA.—¿Viejos asuntos?

LUCIANA.—Sí, de asuntos de familia, en que ha tenido él intervención .... (*Se levanta.*) Pero volveré ....

MARTA.—Haría Ud. mal . . . Aseguro á Ud. que dentro de algunos minutos, á lo más dentro de un cuarto de hora, estará de regreso .... Ud. viene de París y, por lo tanto, bien puede Ud. tener un poco de paciencia .... (*Luciana se sienta otra vez. Silencio.*) ¿Hace mucho tiempo que Ud. conoce á mi marido?

LUCIANA (*con la misma inquietud de antes.*) —Sí, señora.

MARTA.—Perdóneme Ud. que sea tan indiscreta al hacerle esas preguntas ....

LUCIANA.—Antiguamente .... estábamos en relaciones el señor Verneuil y yo.

MARTA.—¿Sin duda cuando vivía él en París?

LUCIANA.—Sí .... Oh, ya hace largo tiempo de ello.

MARTA.—Siete ú ocho años á lo sumo.

LUCIANA.—Son á veces tan largos siete ú ocho años. He debido cambiar tanto, que tal vez no me conocería si no le dijera mi nombre.....

MARTA. –Sin embargo, parece Ud. todavía muy joven.

LUCIANA.—Oh, joven.... (*Señalando á su hijita, que ha ido con Suzanita á ver los objetos que están sobre la mesa del centro.*) Cuando una tiene tan grande niña como ésta.... ¿verdad, Manuelita? (*Manuelita se vuelve mostrando en la mano un retrato con marco, que ha tomado de la mesa.*) Vamos, no cojas nada.... coloca el cuadro en el sitio de donde le has tomado.

MANUELITA (*que en vez de obedecer, lleva el retrato á su madre.*)—Mira, mamá.

LUCIANA (*lanzando una ojeada sobre el retrato, se levanta vivamente, y se le quita de las manos á Manuelita.*)—¡Eres insoportable!

MANUELITA (*tratando de recuperar la fotografía.*) –Pero mamá.... si es papá....

MARTA (*que, muy intrigada, ha observado la escena con cierto presentimiento, se levanta y coje de la mano á la niña.*)—¿Qué dices?

LUCIANA (*con viveza.*)—Tonterías.... no le haga Ud. caso....

MARTA (*mostrando á la niña el retrato.*)—¿Conoces á este señor?

MANUELITA.—Sí, señora.... es papá.... mi papá, que está en América....

MARTA.—¿Tu papá, que está en América?

LUCIANA. —Por favor, señora; no haga Ud. caso de esta niña.... No sabe lo que dice.... se equivoca.... Cierta semejanza la confunde....Por Dios, señora, déjeme Ud. irme.... He hecho mal

en venir.... Pido á Ud. perdón.... permítame Ud. que me vaya.... (*Regresa hacia la puerta.*)

MARTA.—No.... es necesario que ahora mismo se explique Ud.... Su visita.... tanta insistencia para ver á mi marido.... la negativa de darme su nombre.... su turbación.... el grito de esta niña.... todo, en fin, me dice que hay algo que ignoro.... que algún misterio..... Acabemos, Ud. ha venido aquì y tengo derecho á una explicación.... (*La interroga con el gesto*) Ud. se calla.... (*Sin perder de vista á Luciana, empuja con las manos á las niñas*) Idos, hijas mías, id á jugar á la terraza.... (*Mientras salen las niñas, Marta continúa mirando fijamente á Luciana, que, temblando y desfallecida, no se atreve á levantar los ojos. Duda Marta un momento y luego se dirige hacia la otra.*) Ud. es la señorita Luciana Bernard....

LUCIANA (*bajando la cabeza.*)—Sí, señora.

MARTA.—¿Y la niña?

LUCIANA.—¿A qué seguir disimulando por más tiempo?.... Es hija del señor Verneuil.

MARTA (*llevándose la mano al pecho.*)—¡Ah!

LUCIANA (*levantándose.*)—Ya ve Ud. que debo retirarme, que no puedo permanecer más tiempo aquì.... Cuando vine no creí encontrarme en presencia de Ud. Pido á Ud. perdón.... No he debido quedarme.... Ud. no hubiera sabido en tal forma lo que yo no quería decir sino al señor Verneuil.... Perdóneme, señora.... y déjeme salir....

MARTA.—Al contrario, suplico á Ud. que se quede.... tengo derecho á saber por qué ha venido Ud.

LUCIANA.—He hecho mal....

MARTA.—Vamos, ¿con qué objeto?

LUCIANA.—No lo sé....

MARTA.—¿Cuáles son sus intenciones?

LUCIANA.—¿Mis intenciones? (*Hace un gesto vago.*)

MARTA.—Sí, ¿qué quiere Ud. de mi marido?

LUCIANA.—Sólo quería verle.... hablarle.... decirle que cuando me abandonó ignoraba que iba yo á tener un niño.... Como Manuel se había ido á América.....

MARTA (*secamente.*)—Nunca ha ido á América.

LUCIANA.—¡Ah!.... (*Luciana comprende entonces que la traición de Manuel es mucho mayor que la había imaginado y su rostro se contrae dolorosamente.*) Cuando me abandonó lo hizo tan repentinamente que ignoraba el estado en que me dejaba.... Como yo realmente creí que se había marchado, no supe á dónde escribirle, y como no conocìa á ninguno de sus parientes ni de sus amigos, me fué imposible anunciarle el suceso.

MARTA.—Entonces ¿él no sabía nada?

LUCIANA.—No, señora. Hasta la hora actual no sabe nada.... Y juro á Ud., por lo más sagrado que tengo, por mi hija, que no he venido aquí con ninguna idea preconcebida.... Bien debe de comprender usted que desde hace seis años me he resignado á la idea de que Manuel ya no quería nada conmigo, de que me había dejado voluntariamente, de que me había olvidado... Al principio creí que volvería y hube de vivir alentada por esta esperanza.... Después.... oh, después, he sentido muchos pesares y muchos dolores.... Mi madre había muerto.... Para educar á Manuelita, poco á poco he ido gastando los millares de francos que ella, la madre mía, me dejó.... Afortunadamente, soy una buena profesora de música, y con lecciones de piano, fatigosa pero honradamente gano la vida. El otro dìa supe la dirección del Sr. Verneuil,— por

que lo he sabido todo á un mismo tiempo —y que habitaba aquì, y que se había casado.... y todo ello gracias á extrañas casualidades, leyendo en un periódico la noticia acerca de la fiesta que debe darse esta tarde.... ¡Ah! se lo puedo ahora asegurar, mi primer intención fué venir aquí á hacer una locura, no sé cuál.... Pero luego me repuse.... y, reflexionando, me dije á mí misma que él sólo era culpable á medias, puesto que ignoraba el nacimiento de Manuelita. Y entonces comprendí que yo no habìa sido para él sino uno de tantos caprichos.... Así es la vida, brutal y absurda, pero es inútil revelarse contra ella. Oh, señora, pido á Ud. perdón por todo esto.

MARTA.—Prosiga Ud., prosiga....

LUCIANA.—He querido escribirle, y más de diez cartas, apenas comenzadas, he roto en pedazos, porque en ninguna de ellas lograba decirle, como es debido, todas esas cosas. Y poco á poco me ha venido devorando el deseo de verle. ¿Por qué? No lo sé á punto fijo. Antes que nada, sencillamente para verle, para mostrarle á su hija, para decirle que no he sido dichosa.... Eso es todo. Pero ahora que estoy aquí quisiera no haber venido. Déjeme Ud. irme.

MARTA *(todavía con alguna dureza.)*—Irse! Eso no es una solución. A mí me gustan las soluciones claras. Es preciso que mi marido sepa toda la verdad y que tome una resolución.... Hábleme Ud. francamente.... (*Aproxima una silla á Luciana, se sienta, y hace una seña á ésta para que también se siente.*) ¿Qué es lo que Ud. desea?

LUCIANA (*sentándose.*)—¿Lo que yo deseo?.. Quiero simplemente que él sepa lo que aún ignora: que vivo todavía y que tengo un hijo suyo.

MARTA.—Ciertamente, es preciso que lo sepa todo. Pero ya que, gracias á la casualidad, he

sido la primera en poseer un secreto que sólo para él debiera serlo, yo misma se lo diré.... Tengo necesidad de hablarle antes que Ud.... y de interrogarle....

LUCIANA.—¡Oh!, gracias señora.... Ud., que es madre, debe comprender y tener piedad.... Bien ve Ud. que no soy sino una pobre mujer á quien la vida ha martirizado.

MARTA (*dulcificándose.*)—Sì, yo abogaré por su causa..... Pero ¿cómo hacerle saber la verdad? ¿De qué modo referirle este encuentro y esta conversación? Manuel no la perdonará á Ud. el haberlos provocado y el haber venido en semejante día....

LUCIANA.—Al instante regresaré á París y desde allí le escribiré....

MARTA.—No, no.... no podría yo esperar hasta entonces.... Quiero que hoy mismo se entere de todo lo que acabo de saber.... Pero por él, por mí, por Ud., habría sido mejor que no nos hubiéramos visto y que por otra mujer y no por Ud. me hubiera enterado de la verdad de los hechos.

LUCIANA.—También había pensado enviar á una de mis amigas.

MARTA.—¿Una amiga? ¿Por qué no? Si supusiéramos que es una amiga la que ha venido.... Sí, sí, eso es.... Escúcheme Ud. Va Ud. á saber lo que hemos combinado.... Ud. no será para mí la señora Luciana Bernard sino una amiga.

LUCIANA.—¿Y si él me ve?

MARTA.—Ya buscaremos otro medio.... Pero para mì Ud. no es más que una amiga enviada por *ella* ¿comprende Ud.? para poner al tanto á M. de Vernuil; y, por una circunstancia cualquiera.... el grito de la niña, por ejemplo, lo he adivinado todo. Después que hayamos

arreglado esto, guardaremos silencio. Por el momento, pues, estamos de acuerdo ¿verdad? Ud. no es más que una amiga.

LUCIANA.—Sí, señora, arréglelo Ud. todo como guste.

MARTA (*yendo á la terraza á mirar, regresando con Manuelita y entregándola á su madre.*) No tardará mucho en llegar Manuel.... ¿Me hace Ud. el favor de venir por aquí? Quisiera quedarme sola un momento, concentrar mis ideas, reflexionar algo sobre lo que me pasa.... Venga Ud. (*Conduce á Luciana y á Manuelita hacia la puerta interior.*) No tendrá Ud. mucho que esperar. En el momento oportuno la llamaré....

LUCIANA (*volviéndose en el momento de trasponer la puerta.*)—Oh, gracias, señora....

Sale. Marta cierra la puerta detrás de Luciana, regresa á sentarse en una silla y se restriega los ojos con las manos como si acabara de despertar. Por la puerta del parque entra María, seguida de Suzanita, con un gran puñado de iris.

MARTA (*levantándose bruscamente.*)—¿Qué pasa?

MARÍA.—Traigo los iris....

MARTA.—Ah, sí, es verdad.... ya me olvidaba.... Colócalos sobre la mesa y déjame un instante.... Luego volverás.... Ve á buscar más flores y más plantas....(*Advirtiendo que está Suzanita.*) Suzanita!... (*La toma en sus brazos y con arrebato la estrecha entre ellos.*) Oh, Suzanita mía, Suzanita mía....

SUZANITA.—¿Qué tienes, mamá?

MARTA.—Nada, nada, encanto mío.... Vete con María.... y tráeme más flores....

(*María y Suzanita salen por la puerta del parque. Marta se deja caer en una silla y se oprime la cabeza entre las manos, próxima ya á romper en sollozos.*)

Escena Cuarta

MARTA, MANUEL.

MANUEL (*entrando por la puerta del parque.*) —¿Lo ves? no he empleado mucho tiempo. (*Coloca su sombrero y se dirige á Marta, que permanece inmóvil, absorbida en sus pensamientos.*) ¿Qué te pasa? (*Silencio.*) ¡Tan profundas meditaciones!

MARTA.----Más graves de lo que tú crees . . . .

MANUEL.----¿Qué ha ocurrido en ausencia mía? Cuando te dejé, hace sólo diez minutos, estabas radiante de dicha y ahora te encuentro trastornada.

MARTA.----Sobrado motivo tengo.

MANUEL.----Pero ¿qué es lo que pasa? Habla. Si no acabara yo de encontrar á Suzanita, creería que algún grave accidente . . . .

MARTA.----Oh, no, no se trata de Suzanita . . . .

MANUEL.----¿De qué, entonces?

MARTA.----Después de tu partida tuve una visita.

MANUEL.----¿Qué visita?

MARTA.----Una visita, sí . . . . que nunca hubiéramos esperado ni tú ni yo.

MANUEL.----Pero dime quién ha sido.

MARTA.----Una amiga de la señorita Luciana Bernard.

MANUEL.----¿Una amiga de Luciana Bernard?

MARTA.----Sì.

MANUEL.----Bien . . . . pero ¿qué quería?

MARTA.----De mí nada . . . . Es á tí á quien ella desea ver . . . . pero me ha encontrado á mí,

y, por una circunstancia de lo más casual, se le ha escapado un secreto; y es así como he sabido de parte de quièn y por qué venía.

MANUEL.----Bueno ¿á qué venía?

MARTA.----Vas pronto á saberlo.... pero dime antes en qué circunstancias conociste, amaste y abandonaste á la señorita Bernard....

MANUEL.----Si tú lo sabes, Marta.... nada te he ocultado de mi pasado; te he dicho toda la verdad.... Conocí á Luciana en París, cuando era yo estudiante. Ambos teníamos unos mismos gustos, unas mismas aspiraciones; juntos íbamos á los conciertos del domingo; y la simpatìa que acercaba nuestras almas fué creciendo, creciendo cada vez más, hasta trasformarse en amor, en un amor que ella, Luciana, jamás había sentido. Nuestras relaciones duraron un mes.... tal vez dos meses.... no me acuerdo bien.... pero un día tuve miedo, sentí que iba á encadenarme fuertemente.... Por otra parte, mi padre enfermo me llamaba á sí. Enterado de mis relaciones, me pedía un rompimiento, me pedía que le diera un último goce.... Y fué ésta una excusa ante mi conciencia.... Al instante me decidí á romper sin tardanza; y una mañana dejé á París, llegué al Havre, y desde allí telegrafié á Luciana que me iba á América y que al cabo de algunas semanas regresaría.... La verdad----tú la sabes----es que al pricinpio partí para Algeria, en donde encontré á mi padre moribundo. Varias semanas fueron necesarias para la liquidación de herederos. Después, absolutamente libre, sin ningún pariente y bastante rico para no dedicarme á oficio algnno, he viajado mucho, primero por Egipto, luego por Grecia, después, cerca de un año, por Italia. (*Le toma la mano con afecto al mismo tiempo que pone la cara soriente*) El resto.... tú le sabes....

MARTA (*retirando la mano y con voz calmada y dulce.*)---Puesto que amabas á Luciana, habrías podido casarte con ella.

MANUEL (*en tono de chanza.*)---Naturalmente.

MARTA.----¿Por qué, entonces, no lo hiciste?

MANUEL.----¿Por qué? Pues porque la vida no lo quiso. No digo yo que eso haya estado bien ni que no hubiera sido mejor casarse con la joven que despertó el primer arrullo de cariño en la vida. Pero ¿qué quieres? Tú misma, dime, ¿admitirías que tu hermano se casara con la querida que debe de tener en París? No ¿verdad? Y en tal caso, ¿á qué esa severidad? Ni soy un héroe ni un santo. No te digo yo que haya obrado bien; he obrado simplemente como un hombre, como un egoista .... Ten en cuenta, por otra parte, que Luciana se entregó á mí por su voluntad, sin abrigar la idea de un matrimonio en cierne, y repara también en que nunca hube de prometerle lo que bien sabía yo que no podía ser.

MARTA.----Admitido! Pero tú debiste haberte preocupado algo por ella, saber lo que de ella había sido.

MANUEL. Sì, es verdad....

MARTA.—Tal vez es desgraciada ....

MANUEL. – No vive sola; vive al lado de su madre, con alguna comodidad. ¿Te imaginas que la hubiera dejado como lo hice á saber que estaba en la miseria?

MARTA.—No, amigo mío, no te hago tal injuria.... pero su madre ha podido morir.... y ahora tal vez necesita de recursos. Además, el dinero no lo remedia todo, y, pues te amaba, ha debido sufrir.....

MANUEL.—Probablemente más que yo. Pero ..va.. estoy casi seguro de que desde hace largo

tiempo se ha consolado. Ahora debe de estar casada y acaso es ya madre de familia....

MARTA.—He allí á los hombres. No quieren admitir que nosotras amemos de distinto modo que ellos, más hondamente.... (*Se levanta*) En conclusión, amigo mìo, suponte que la señorita Bernard, creyendo en lo de tu viaje, te espere todavía....

MANUEL.—¿Y luego?....

MARTA. —¿Qué harías?

MANUEL.—¿Que qué haría?

MARTA. Sí.

MANUEL. —Francamente, no lo sé.

MARTA.—Esa no es una contestación. Tú propio me has dicho que la señorita Bernard te amaba sinceramente y que su mismo cariño profundo fué lo que te espantó....

MANUEL.—Es verdad....

MARTA.—Pues bien: la señorita Bernard no se ha casado y te sigue queriendo siempre.

MANUEL.—¿Qué quieres que te diga? Si yo lo siento, si me aflije, me atormenta... Pero bien sabes que sólo á tí te amo.... (*Intenta coger á Marta entre sus brazos.*)

MARTA.(*Apartándose de ellos.*) Aún no he concluido.... Suponte ahora (*Se detiene como si dudara de proseguir.*) Sì, suponte que la señorita Bernard tenga un hijo tuyo!....

MANUEL.—¡Qué locura! Vamos á ver..... ¿Creo que no dudarás de mi palabra? ¿Te imaginas que haya querido ocultarte algo? ¿Un niño? ¡Si eso es imposible!

MARTA.—Pues no, querido mío, no hay en ello nada de imposible. Tú mismo me has dicho que habías partido bruscamente, sin advertirla, y que después no habías vuelto á saber noticias de ella. Por lo tanto, qué de extraño tiene que....

MANUEL (*Interrumpiéndola con animación.*) ¡Sea¡ .... ¿Pero por qué imaginar semejantes hipótesis? .... Si es un absurdo ....

MARTA.—Eso crees ....

MANUEL.—¡Estoy seguro!

MARTA.—Pues bien, sabe que .... esta mujer .... ha venido aquí con una chiquilla .... tu hija ....

MANUEL.—¿Mi hija?

MARTA.—Sí, Manuel: tú no tienes sólo la nuestra; tú tienes otra hija.

MANUEL.—¿La has visto?

MARTA.—Hace un instante .... la niña ha encontrado á Suzanita y las dos, inconsientes del drama que iba á desarrollarse entre nosotros, se han abrazado y han jugado juntas ....

MANUEL.—¡Ah! Marta, por piedad, te lo ruego .... dime que estoy soñando....

MARTA.—No, esposo mìo.... Ah! también yo, sì, también yo hubiera querido con toda mi alma que esto no fuese sino un sueño. Mas ¡pobre de mi! ni tú ni yo hemos soñado, y ahora mismo vas á ver á la amiga de la señorita Bernard.

MANUEL.—(*con viveza.*) ¿Está aquí todavía?

MARTA (*señalando la puerta interior.*)—Si, allí está.

MANUEL.—¿Con la niña?

MARTA.—Si.

MANUEL.—¿Qué hacer, Dios mío?

MARTA.—Lo que quieras.

MANUEL.—Si no lo sé .... no lo sé .... Y tú, Marta, ¿qué me aconsejas?

MARTA.—Manuel, no tengo consejos que darte .... Esto sólo á tí te atañe. Es tu conciencia quien debe aconsejarte.

MANUEL.—No sé, Marta, no sé .... eres tú, sólo tú, á quien amo .... Por tí sola vivo ... y,

sin embargo, no puedo rechazarla si es desgraciada por mi causa, ni puedo abandonar á esa niña..

MARTA.—Cuanto decidas estará bien. (*Se dirige á la puerta interior, la abre, y hace una señal.*) Venga Ud., señora .... (*Luciana aparece llevando de la mano á Manuelita, pero se detiene en el umbral de la puerta.*)

Escena Quinta

MARTA, MANUEL, LUCIANA Y MANUELITA; LUEGO MARÍA Y SUZANITA.

MANUEL (*reconociendo á Luciana y reteniendo un grito.*)—¡Ah!

MARTA (*a Manuel.*)—He aquí á *la amiga* de la señorita Bernard.

MANUEL. (*Mira alternativamente, primero á Luciana y luego á su mujer. Comprende que debe prolongar la mentira, necesaria, pero no sabe que decir. Luego interroga con los ojos á Marta, que con un solo gesto le da ánimo para hablar. En seguida avanza un paso hácia Luciana, y mientras habla, su mirada cambia sin cesar de ésta á Marta, á quien parece, en cada frase, consultar. Debe hablar lentamente, con gran turbación, casi con una pausa entre palabra y palabra.*) Y bien .... señora .... dígale .... á su amiga .. que ignoraba el mal que le he causado .... que haré cuanto pueda por repararle .... que yo me encargo del porvenir de esta niña ... que no tenga por sí misma ningún cuidado .... dígale que nosotros un poco más tarde lo arreglaremos todo, por carta, como ella quiera ... pero no hoy, no puedo, sino otra vez ....

LUCIANA (*que muy molesta, no piensa sino en irse.*)—Sí, Sí....

MANUEL (*lo mismo.*)—Dígale que le pido perdón .... humilde perdón ....

LUCIANA. – Ella ha perdonado ya.

MARTA (*avanzando hacia Luciana.* — Dígale asímismo á su amiga que yo también quisiera saber que es feliz y que me interesaré por su suerte ... (*Va hacia Luciana y le tiende la mano.*) Dígale que yo le he tendido á Ud. la mano como se la habría tendido á ella misma si hubiera venido ....

LUCIANA. – ¡Oh! ¡gracias! Nada la hubiera conmovido más .... gracias .... (*Se dirige hacia la puerta, mientras Manuelita permanece de pie, mirando á su padre; luego regresa á tomar de la mano á la niña para llevársela.*) Vamos, ven!

MARTA. – No, espere Ud. (*Se dirige á Manuelita y la lleva hasta el sitio en que está su padre, que abraza á la niña con embarazo y gran emoción y la conduce para entregarla á Luciana. Esta da las gracias con el gesto, porque la emoción le impide hablar. Luciana y Manuelita salen. Manuel se deja caer en un asiento y se oprime la cabeza entre las manos. Marta se acerca á él y se las toma.*) Vamos, amigo mío, valor .... es necesario tenerle ... ya lo ves, yo le tengo, yo .... ¡Así es la vida!

MANUEL.—¡Oh! Marta, eres la mejor de todas las mujeres ....

(*En ese momento entran de nuevo por la puerta del parque María y Suzanita, que traen flores.*)

SUZANITA (*á Manuel.*)— ¡Toma, papá, este hermoso ramillete!

MANUEL(*tomando maquinalmente el ramillete.*) —¡Ah! ¡Sí! ¡sí! ... es verdad ... ya no me acordaba .... hoy es un dìa de fiesta ....

El telón cae rápidamente.

TALLERES
"ELECTRA"
5a. Calle Poniente No. 1
Guatemala